ADMINISTRACIÓN
LIRICO-DRAMATICA

EL MORO MUZA

ENSAYO CÓMICO DE UN DRAMA LÍRICO

EN UN ACTO, EN PROSA Y VERSO

ORIGINAL DE

DON FEDERICO JAQUES

música del maestro

DON RUPERTO CHAPÍ

MADRID
CEDACEROS, NÚM. 4, SEGUNDO
1894

JUNTA DELEGADA
DEL
TESORO ARTÍSTICO

Libros depositados en la
Biblioteca Nacional

Procedencia
T BORRAS

N.º de la procedencia
5634

EL MORO MUZA

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones de Ultramar, ni en los países con los cuales haya celebrados ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traducción.

Los comisionados de la Administración Lírico-dramática de DON EDUARDO HIDALGO, son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

EL MORO MUZA

ENSAYO CÓMICO DE UN DRAMA LÍRICO

EN UN ACTO, EN PROSA Y VERSO

ORIGINAL DE

DON FEDERICO JAQUES

MÚSICA DEL MAESTRO

DON RUPERTO CHAPÍ

Estrenado en el TEATRO ESLAVA de Madrid la noche del 31 de Octubre de 1894

MADRID
R. VELASCO, IMPRESOR, RUBIO, 20

1894

A Don Ruperto Chapí:

Al campeón de la zarzuela:

Al autor de cien obras que son las más preciadas joyas del moderno tesoro lírico dramático español:

Al único inspiradísimo maestro capaz de llevar á la victoria al MORO MUZA:

Al amigo cariñoso que, por esta sola condición y en momentos difíciles, aceptó un trabajo insignificante y con su maravilloso ingenio le dió valor inestimable y éxito extraordinario, dedica este pobre libro su apasionado, entusiasta admirador, agradecidísimo y siempre verdadero amigo,

Federico Jaques.

722292

Madrid, 1.º de Noviembre de 1894

Sr. D. Bonifacio Pinedo:

Querido amigo: al manifestarme V. después de leer *El Moro Muza*, el excelente efecto que le había producido mi pobre trabajo, creí que la buena amistad que me profesa le impedía ver la insignificancia del libro.

Que el éxito ha sido verdaderamente extraordinario, es cierto, pero también lo es que la hermosísima partitura del incomparable maestro Chapí todo lo merece, y que el maravilloso tipo del protagonista que usted con su indiscutible talento ha creado, no podía ser recibido por el público de otra manera que tributándole á V. la inmensa ovación que en todas las representaciones alcanza, y que seguramente constituye el por V. logrado, uno de los triunfos más grandes y legítimos que ambicionar puede un actor.

Con su agradecimiento le envía la más cordial enhorabuena y el recuerdo de una constante y verdadera amistad

Federico Jaques

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
ELISA	Sra. García de Pinedo.
MARTINA	Srta. Astort.
TORIBIO	Sr. Pinedo.
PERETE	Carrión.
SEVERO	Banquells.
DON SIXTO	Tormo.

Vecinos y vecinas

La escena en Madrid. — Época actual

Derecha é izquierda las del actor

El derecho de reproducir los *Materiales de orquesta* de esta obra, pertenece á *D. Pablo Martín*, á quien dirigirán sus pedidos las empresas teatrales que deseen ponerla en escena.

ACTO UNICO

Gabinete decentemente amueblado. Puertas laterales y al foro. Una mesa á la derecha, con periódicos y libros. A la izquierda un sofá. Sobre un mueble un reloj de sobremesa.

ESCENA PRIMERA

Al levantarse el telón aparece ELISA con un papel en la mano, sentada y estudiando

Hablado

ELISA Soy esclava de un tirano; (Declamando.)
Muz-Abdil es mi señor,
pero sólo mi cristiano
es el dueño de mi amor.
¿Cómo llegué á enamorarlo?
¿Cómo yo me enamoré?
Vaya usted á averiguarlo,
tan sólo recuerdo que... (Transición.)
Era una noche de estío,
el calor me sofocaba,
me consumia el hastío
y el sueño no conciliaba.
(Dejando de declamar.)
No se puede hacer mejor esta transición, ni hay quien diga los versos con más fuego. En este parlamento me van á aplaudir á rabiar. Adelante.
(Declamando.)
Así las horas corrían,
tranquilo estaba el harén,

mis compañeras dormían
y mis guardianes también.
De pronto, un rayo de luna,
vibrando con timidez,
vino, para mi fortuna,
á entrar por el ajimez,
y al tiempo que iluminaba
débil luz el aposento,
allá lejos se escuchaba
de un laud el triste acento.
Acento dulce y amante
que al corazón me llegó,
y con afán delirante
á escucharle me llevó.
(Hablado.)
Esto sí que no lo entiendo bien. ¿Quién me llevaría á escucharlo? ¿Qué es lo que yo escucharía? Se lo preguntaré al autor. Continuemos.
(Declamando.)
Al ajimez con presteza
me asomo, miro... ¡Ay, de mí,
qué arrogancia y gentileza
en el cristiano que ví!
—¡Zaida del alma querida—
me dijo—mía has de ser,
ó te juro que la vida
en la empresa he de perder.
—Alá te guarde, y espera—
le contesté sin dudar,
y dándole el alma entera
torné al harén á esperar.
¿Qué pasó luego? Lo puede
saber solamente Alá.
¡Estaba escrito, y sucede!
¡Lo escrito sucederá!
Por eso si soy infiel
á Muza, mi esposo amado,
es que el cielo este papel
le tenía reservado.
(Dejando de declamar.)
Decididamente; no tengo que estudiar más el libro, me lo sé de memoria y lo digo como una actriz consumada. Daré un repa-

sito á la romanza, aunque no me hace falta; pero como estoy sola en escena cuando la canto, bueno es que lleve la letra bien sabida, por si no puedo oir al apuntador. Vamos á ver. (Toma una partichela, que habrá sobre el velador, y canta.)

Música

Cristiano de mis amores,
tus dulces palabras son
aroma que dan las flores
que tiene tu corazón.
Cristiano, que me enamora,
oirte quiere otra vez.
Cantando su amor la mora,
¡ay!
la mora del ajimez,
tu Zaida te espera,
cristiano adorado,
si quieres que muera
no estés á mi lado.
Amarte es mi sueño,
mi dicha completa;
ser tuya es mi empeño,
¡que es grande el Profeta!
¡grande es el cielo!
¡grande es Alá!
¡grande es el duelo
que amor me da!
¡grande el tirano!
¡grande el señor!
¡grande el cristiano!
¡grande mi amor!
Tu patria y tu Dios, cristiano,
adoro con frenesí,
esclava soy de un tirano
y vivo pensando en tí.
El cielo que á tí te ampara
ampáreme á mí también.
¡Ay!...
Si tuya á ser no llegara
muriérame en este harem.
Tan sólo este suelo

desdichas me augura,
tu patria es mi anhelo,
tu amor mi ventura;
tu amor necesito,
si el cielo se opone
y amarte es delito
que Alá me perdone.
Grande es el cielo, etc.

ESCENA II

ELISA y PERETE

Hablado

PER. (Desde la puerta.) ¡Brava! ¡Brava! ¡Brava!

ELISA ¿Es verdad que estoy bien?

PER. ¡Superiorísima! Es usted la Zaida que yo soñé.

ELISA ¡Si Dios quisiera que me hiciesen una ovación grande, muy grande!...

PER. ¿Cómo grande? Inmensa la tendrá usted.

ELISA Me alegraría solamente por mi marido. Se empeña en que yo no sirvo para el teatro. Dice que no tengo voz, que no sé hablar, y otras majaderías por el estilo. Desde que supo mi afan por debutar y que son las tablas mi pasión delirante, no me deja ir á otros espectáculos que á los frontones, á Rusia y al Circo de Colón. Por eso más que nada deseo el éxito, para darle en la cabeza.

PER. Le daremos, seguramente. En cuanto usted pise la escena. De eso me encargo yo.

ELISA ¡Si el supiera lo que intentamos!....

PER. ¿Qué ha de saber? Le tiene muy preocupado eso de la crisis. No piensa ni sueña en otra cosa que si le dejarán cesante.

ELISA ¡Ojalá le dejasen! Puede que entonces consintiera en que yo fuese al teatro.

PER. Lo consentirá sin la cesantía. En cuanto la oiga á usted cambiará de opinión.

ELISA Dios lo quiera.

PER. Dentro de dos días podremos ensayar en el escenario. Mañana termina la compañía y me entregarán el teatro.

ELISA Ya sabe usted que el estreno ha de ser el seis de Noviembre. Quiero darle la sorpresa á Severo el día de su santo, y si después no accede á que siga trabajando, tendrá usted que buscar otra tiple, si es que la obra gusta.

PER. ¿Cómo si gusta? Un exitazo. *El Moro Muza* ha de hacer mucho ruido.

ELISA Cuidado con eso. Mire usted que hay frases que son fatales en los estrenos.

PER. No tengo miedo. Mi obra será un acontecimiento teatral. Tan seguro estoy de ello, que arriesgo en la empresa hasta el último céntimo... del dinero... que me ha prestado un primo de mi mujer que acaba de venir de Cuba. *El Moro Muza* tiene un interés terrible; está lleno de efectos dramáticos y el diálogo está escrito en versos inspirados, flúidos y correctísimos. La partitura es de lo mejor que se ha oído en España, no porque sea yo también el autor, sino porque la inspiración y el arte con que está hecha son tan extraordinarios, que verdaderamente asustan. No lo dude usted, Elisa, tendremos un exitazo, pero es necesario ensayar mucho, no por usted, que sabe su parte perfectamente, por los demás lo digo, y sobre todo por el protagonista, que no sabe una palabra.

ELISA ¿Cómo que no? Anoche estuvo muy bien Gutiérrez. Usted mismo se entusiasmó al oirle cantar el terceto.

PER. Es verdad. Pero Gutiérrez no está ya en la compañía. Encontró una contrata para Buenos Aires y allá se marcha dejándome en el compromiso que usted puede figurarse.

ELISA ¿Y qué piensa usted hacer?

PER. Lo que he podido. Buscar un actor por todas partes.

ELISA ¿Lo ha encontrado usted?

PER. Actor, no. Todos piden unos sueldos.. y so-

bre todo unos préstamos imposibles. Figúrese usted... ¡préstamos á mí!

ELISA ¿Y entonces?

PER. Ya está todo arreglado. La portera de mi casa me recomendó á un muchacho, que aunque nunca estuvo en el teatro, tiene una voz preciosa y canta en las capillas.

ELISA (Riendo.) ¿La salve á los reos? ¡Já, já, já!

PER. No sería usted; es una gran adquisición, sabe mucha música y en cuanto yo le coja por mi cuenta, haré de él una eminencia.

ELISA (En tono burlón.) Eminencia ilustrísima...

PER. Eminencia en el arte. Esta noche vendrá á ensayar y ya verá usted si tiene madera de actor.

ELISA ¿Pero si no sabe el papel?

PER. No importa. Le colocaré en su sitio y lo irá aprendiendo. Hoy tampoco podrá venir Constantino; está en cama con el trancazo.

ELISA Le daría anoche al salir del ensayo. Estaba tan sofocado.

PER. No, se lo dieron esta madrugada al salir de la taurina.

ELISA ¿Es decir, que esta noche no habrá ensayo?

PER. ¿Cómo que no? Sí, señora. Esta noche pasaremos la escena y terceto de la sorpresa. Yo seré el cristiano amante de Zaida, y Toribio, el actor nuevo, hará de esposo vengador.

ELISA Me da miedo esa escena, porque me parece que nos va á sorprender Severo una noche y va á ser verdad lo de la venganza.

PER. Eso no es posible.

ELISA ¿Por qué?

PER. Porque Severo no es vengativo, ni moro.

ELISA No hay que fiarse; tampoco yo soy turca y ya ve usted lo que hago.

PER. Como hago yo el sultán. Eso está en la sangre.

ELISA De modo que, como todas las noches, de siete á nueve.

PER. Eso es, de siete á nueve.

ELISA Gracias á la costumbre que toda la vida ha tenido Severo de pasar esas horas en el café,

podemos estar tranquilos. Como todas las noches, haré que salga la muchacha para que estemos solos.

PER. Pasado mañana ensayaremos ya en el teatro y el día seis de Noviembre á recoger laureles.

ELISA ¡Al gran triunfo!

PER. ¡Al éxito inmenso!

ELISA ¡A la ovación delirante!

PER. ¡A la inmortalidad!

Música

ELISA (Con entusiasmo exagerado.)

Me estoy viendo ya en la escena
triunfante y entusiasmada,
de júbilo el alma llena
al ver mi pasión lograda.
Estoy viendo que descuella
mi fama entre las mayores,
que doy con mi luz de estrella
al arte sus resplandores.
Mi nombre será luego
muy popular;
que yo á la gloria llego
no hay que dudar.
El público extasiado
al verme á mí,
aplaude entusiasmado
con frenesí.

PER. Estoy viéndome en la escena
el triunfo ya conseguido,
de júbilo el alma llena
al verme tan aplaudido.
Estoy viendo que mi nombre
la fama ha de hacer glorioso,
tan luego que al mundo asombre
mi mérito prodigioso.
Mi nombre será luego
muy popular,
que yo á la gloria llego
no hay que dudar.
El público extasiado
se quedará,

y muy entusiasmado
me aplaudirá.

—

ELISA Seremos aclamados.
PER. El triunfo nuestro es.
ELISA Seremos coronados.
PER. Con mirto y con laurel.
ELISA El arte nos espera.
PER. El éxito vendrá.
ELISA La gloria ha de ser nuestra.
PER. ¡Y la inmortalidad!

—

LOS DOS El público asombrado
me juzga un portento
y aplaude entusiasmado
mi grande talento.
(Gritando con entusiasmo y aplaudiendo.)
¡Bravo! ¡Bravísimo!
¡Es un primor!
ELISA No hay una tiple
que lo haga mejor.
PER. ¡Que salga á la escena!
¡Que salga el autor!
(Perete se va triunfante con el ritmo y Elisa lo despide con altitudes de entusiasmo exaltado.)

ESCENA III

ELISA

Hablado

Tiene razón Perete: En el Teatro está la dicha, la fama, la gloria, la inmortalidad... ¿La alcanzaré yo? Con entusiasmo voy, aplicación no me falta y la vanidad no me enloquece. El público sabe apreciar estas cualidades y á su galantería me encomiendo. ¡El público! Con sus aplausos sueño. Para él nací y, á despecho de mi marido, del público he de ser. (Acercándose á la segunda

puerta derecha y llamando.) ¡Martina! Esta muchacha es muy habladora y conviene que no esté en casa durante el ensayo (Llamando.) ¡Martina! La mandaré á la calle como todas las noches para que esté fuera de siete á nueve.

ESCENA IV

DICHA y MARTINA

MART. ¿Llamaba usted, señorita?

ELISA Sí, Martina, la llamo á usted para enviarla á un recado.

MART. ¿He de ir ahora mismo?

ELISA No es preciso. Termine usted lo que esté haciendo en la cocina y á eso de las siete menos cuarto...

MART. Vamos, sí, por las flores cordiales como todas las noches.

ELISA Eso es. No puedo acostarme sin tomarlas. Ya sabe usted que han de ser de la droguería de la calle del Olivar.

MART. Lo mismo serían de otra parte cualquiera.

ELISA El médico ha dicho que se traigan de allí y de allí quiero que las traiga usted.

MART. (En voz baja.) (Es claro, como el médico no tiene que ir por ellas...)

ELISA ¿Qué está usted murmurando?

MART. Nada. Que no gana una para zapatos. ¡Mire usted que ir todas las noches desde la calle de Sagasta á la del Olivar!

ELISA No está lejos. De Sagasta al Olivar no hay más que un paso.

MART. Sí, el de la oración del huerto.

ELISA No sea usted respondona y haga usted lo que la mandan. (Vase por la izquierda.)

MAR. Descuide usted, que así se hará. Me parece á mi que en esta casa hay mucho lío. Lo que es esta noche lo que yo la traigo es flor de malva de la cacharrería de la esquina. (Suena dentro la campanilla.) El señorito, este si que necesita flores cordiales. (Vase por el foro.)

ELISA (Sale precipitadamente por la izquierda, se acerca á la mesa y recoge la partitura y el papel que dejó allí en la escena primera.) Aquí están la partitura y el papel. Si tardo un momento más en acordarme de ellos los encuentra Severo y adiós teatro, adiós ovación. (Vase por la izquierda. Severo y Martina salen por el foro.)

ESCENA V

SEVERO y MARTINA

SEV. (Deteniendo á Martina que cruza la escena para irse por la derecha.) Oiga usted, Martina. ¿Ha venido algún portero del Ministerio con un pliego para mí?

MART. No señor.

SEV. (Un día más de vida.)

MART. Quien vino á preguntar por usted fué el casero.

SEV. ¿El casero?

MART. Sí, señor. Me dijo que necesitaba verle á usted hoy mismo y que bajase á su casa á avisarle cuando usted viniera.

SEV. ¿Para qué necesita verme á mí el casero?

MART. Yo no, lo sé señorito.

SEV. Ni yo tampoco. Él lo dirá. Baje usted y dígale que puede subir cuando guste.

MART. Está bien. (Vase foro.)

SEV. De seguro que no es para nada bueno la visita. ¿Qué pretensión traerá? El mes, aunque con algo de retraso, ya se lo pagué. Como no sea... ¡No hay duda! Ha sabido que me dejan cesante y quiere prevenirse... Pero no, no debe ser eso. ¿Cómo ha de saberlo él cuando yo ni nadie lo sabe todavía? ¿Será tal vez?... Ya estoy preocupado con el casero. No es extraño. Las crisis y los caseros ha sido siempre mi pesadilla. (Don Sixto aparece en la puerta del foro.)

ESCENA VI

DICHO, DON SIXTO

SIXTO (A la puerta.) ¿Da usted licencia?

SEV. Adelante, don Sixto, adelante. Esta es su casa. (Ofreciéndole una silla.)

SIXTO (Sentándose) ¡Ay, don Severo, ojalá no lo fuese! Usted no conoce los disgustos que dan todos los días las casas.

SEV. No, señor. Sólo conozco los disgustos que dan todos los meses los caseros.

SIXTO No lo tome usted á broma. Si continúa esta crisis...

SEV. (Levantándose con rapidez) ¿Crisis? ¿Quién le ha dicho á usted que hay crisis?

SIXTO Crisis financiera.

SEV. ¡Ah, ya! (Se vuelve á sentar.)

SIXTO Sí, señor. La propiedad está mal, muy mal; pero, en fin, dejemos esto, ya que no somos los llamados á remediarlo, y vamos al asunto que aquí me trae.

SEV. Usted dirá.

SIXTO Don Severo, usted conoce mi inquebrantable costumbre de no admitir en la casa inquilinos que tengan hijos menores de veinte años, ni personas que padezcan enfermedades contagiosas, que no estén vacunadas, que toquen el piano ó que les guste cantar en sus ratos de ocio. Soy esclavo del silencio y de la tranquilidad, y usted sabe que con estas condiciones le alquilé el cuarto.

SEV. Y usted no debe ignorar que rigurosamente las vengo cumpliendo.

SIXTO Eso creía; pero, amigo mío, siento decirle que infringe usted las cláusulas del contrato.

SEV. Yo, ¿por qué?

SIXTO Los vecinos se quejan del estruendo horrible que desde hace una semana se produce en este cuarto todas las noches, de siete á nueve. Dicen que á esas horas el arrastrar de

muebles, las voces, las carreras, los golpes y el escándalo, en fin, que aquí promueven ustedes es tal, que el vecindario, lleno de terror, ni sosiega ni descansa. Casi todos los inquilinos me amenazan con dejar sus habitaciones si usted no se marcha de la casa, y yo, sintiéndolo con toda mi alma, me veo obligado á restablecer la tranquilidad y el orden en la finca, y á decirle á usted que desaloje el cuarto inmediatamente.

SEV. Para tomar esa resolución, no era necesario el ridículo pretexto que usted ha inventado.

SIXTO Le juro á usted que no es pretexto. La queja que los vecinos me dieron, están todos dispuestos á reproducirla delante de usted.

SEV. Y yo les diré á todos que mienten.

SIXTO Hará usted muy mal, porque dicen la verdad. Yo mismo oí anoche el escándalo.

SEV. ¡Pero, si no es posible! ¡Si no hay en casa quien pueda hacerlo! Yo estoy en el café todas las noches de siete á diez; mi señora se pasa la vida en su cuarto leyendo comedias, y la criada... la criada sola no puede hacer tanto ruido.

SIXTO Yo no sé quién será, pero sucede; y, por lo tanto, es preciso que se vaya usted de la casa.

SEV. Deme usted siquiera dos días de plazo para que yo pueda aclarar este misterio.

SIXTO Se los daré á usted, pero á condición de que si en ese tiempo no se corrige completamente la falta, no le concederé á usted ni una hora más de prórroga.

SEV. Está bien.

SIXTO (En actitud de marcharse.) Siento mucho haber proporcionado á usted este disgusto, pero mi obligación...

SEV. Sí; ya sé que esa es su obligación de usted.

SIXTO Por lo demás, en el cuarto principal tiene usted un amigo...

SEV. (Acompañándole hasta la puerta del foro.) Vaya usted con Dios, don Sixto, vaya usted con Dios. (Don Sixto se va por el foro.)

ESCENA VII

DON SEVERO, luego MARTINA

SEV. (Reflexionando. Empieza á obscurecer.) Que todos los vecinos lo dicen, y que él mismo lo ha oido. ¿Será verdad?... ¿Elisa?... ¡Qué tontería!... ¿Tal vez la criada?... ¡Oh, qué idea!... (Sale Martina cantando, sin ver á don Severo, por la izquierda, dispuesta para ir á la calle y con un quinqué encendido, que deja sobre la mesa Después se dirige á la puerta del foro.) ¡Oiga usted, Martina!

MART. ¡Mande usted, señorito!...

SEV. (La coge una mano con misterio y la lleva al proscenio.) Usted tiene un novio.

MART. Valiente noticia. Pues ya se ve que lo tengo.

SEV. De artillería rodada. (Marcando las erres.)

MART. No, señor. He cambiado de cuerpo. Ahora es del orden.

SEV. Del desorden. Tiene usted un novio que hace mucho ruido.

MART. Ya se ve que lo hace. Como que cuando no está de servicio, toca el trombón en la murga del Sr. Blas.

SEV. (Ya pareció el estruendo.) Confiese usted que esa murga viene á casa por la noche de siete á nueve y que usted y su novio son los autores del escándalo.

MART. ¿De qué escándalo?

SEV. Del que producen ustedes aquí todas las noches á las siete.

MART. Pero, señorito, si á esa hora no estoy en casa.

SEV. ¿Que no está usted en casa?

MART. No, señor. Me manda la señorita á la calle del Olivar por flores cordiales.

SEV. (Muy preocupado.) (¡Un pretexto para quedarse sola!... ¿De modo que Elisa?...)

MART. Allá voy ahora mismo, si usted no dispone otra cosa.

SEV. Vaya usted, vaya usted...

MART. (Marchándose por el foro.) (¡Cuando digo que aquí hay lío!...)

ESCENA VIII

SEVERO, excesivamente preocupado

SEV. ¡La droguería! ¡El Olivar! ¡Las flores cordiales!... ¡El escándalo!... (Se ha ido irritando poco á poco.) ¡Oh!

Música

SEV. (Con voz ronca y acento dramático.)

El infierno ha querido
rasgar el velo
y enseñar al marido
la infamia y duelo;
que es Elisa culpable,
no cabe duda,
y es también indudable
que alguien le ayuda.
El escándalo creo
que ya está visto.
¡Si hay aquí un Cirineo,
yo soy el Cristo!

(Pasea agitado y para en seco al oir el clarín, sumiéndose en nuevas meditaciones.)

La venganza es menester
con prudencia preparar,
yo les juro que ha de ser
nunca visto y ejemplar
el castigo que he de hacer.
En tanto, cautela,
paciencia y callar,
constancia y en vela
y disimular...
Sonrisa agresiva,
cachaza y fingir,
tragar la saliva,
rabiar y sufrir.

(Se lleva las manos á la cabeza y después hace demostraciones de amenazar. Con la última nota se sienta y se queda pensativo.)

ESCENA IX

DON SEVERO y ELISA

Hablado

ELISA (Entrando.) ¿Qué milagro es este? ¿Tú en casa á estas horas?

SEV. Ya lo ves; me aburre el café y empiezo á comprender lo injusto que he sido dejándote sola todas las noches.

ELISA No lo creas. El hombre que como tú se pasa la vida trabajando y es esclavo de su destino, necesita un rato de distracción.

SEV. El hombre casado no debe distraerse nunca.

ELISA Según y conforme se distraiga.

SEV. Desde hoy no volveré al café.

ELISA (¡Dios mío de mi alma!)

SEV. (Con ironía.) Es una infamia que yo me vaya con mis amigos dejando á mi pobre mujercita triste y sola entre estas cuatro paredes pensando en su maridito, ¿verdad?

ELISA Eso sí. ¡Cuando te vas se queda la casa tan triste!... ¡Parece un panteón!...

SEV. Lo mismo dice el casero. Por eso no vuelvo á salir.

ELISA Eso sí que no. Tú no sabes lo peligroso que es romper de repente una costumbre de toda la vida.

SEV. Pues nada, sea como quiera estoy decidido. La rompo.

ELISA Hablas esta noche con una ironía y un acento tan extraño... ¿Qué tienes? (Acercándose á él y poniéndole una mano en el hombro y otra en la frente.)

SEV. Quita; no me toques la frente á estas horas.

ELISA ¿Ves como no puedes dejar tu costumbre?... Si no sales esta noche te cuesta una enfermedad. (Se dirige hacia el sitio donde don Severo dejó el gabán al entrar en escena. Lo coge y se acerca con él á su marido.)

SEV. (Si me quedo en casa pueden apercibirse sus

cómplices y es fácil que no consiga mi intento.)

ELISA (Poniéndole el gabán.) Ahora mismo al café. (Se va por el bastón y el sombrero.)

SEV. Sí; esto es lo mejor. (Saldré como todas las noches y á la media hora vuelvo y sorprendo el escándalo.)

ELISA (Poniéndole el sombrero y dándole el bastón.) Dentro de media hora verás que tranquilo te encuentras

SEV. Dios lo quiera. Pero conste que salgo contra mi voluntad y por última vez. No quiero que vuelvas á quedarte sola.

ELISA No te importe eso. Yo me distraigo leyendo ó en cualquiera otra cosa.

SEV. Por eso me voy.

ELISA (Abrazándole.) ¡Adiós, maridito mío!

SEV. ¡Adiós... paloma!... (Vase por el foro. Elisa le acompañe y vuelve en seguida á escena.)

ESCENA X

ELISA

ELISA Es un cordero. Con ese geniazo que quiere aparentar algunas veces, hago de él todo lo que se me antoja. Es decir, todo no, porque en lo del teatro no cede y si supiese mis propósitos tendríamos un disgusto muy grande. Por eso estoy en ascuas con estos ensayos. Las siete y cuarto; ya no tardarán en venir. A Diós gracias, mañana será la última noche de sobresalto. Después á la escena de verdad, al templo del arte donde la gloria me espera. (Campanilla dentro.) ¡Ya están aquí! (Sale á abrir.)

ESCENA XI

ELISA, PERETE y TORIBIO, éste pobremente vestido y con timidez

ELISA Adelante. Y manos á la obra.

PER. Antes permítame usted que la presente á nuestro nuevo *moro Muza*: don Toribio Soletilla.

ELISA ¡Muy señor mío!

TOR. Muchas gracias.

PER. Joven de excelentes prendas... morales, cantante distinguido y con grandes aptitudes para la escena. (Arregla las sillas, separa la mesa y dispone la escena para el ensayo, arrastrando los muebles y haciendo ruido con ellos.)

ELISA Cuanto lo celebro.

TOR. Muchas gracias.

ELISA ¿Tiene usted afición al teatro?

TOR. Sí, señora; me tira, me tira bastante.

ELISA (Me parece que lo que á este le tira es la imbecilidad.)

PER. Ya está todo listo... Cuando usted quiera podemos empezar. (A Elisa.)

ELISA Cuando usted disponga.

PER. Pues á ello. Empezaremos por la escena de verso. (A Toribio.) Aunque usted no sabe el papel no importa. Para este ensayo lo que necesitamos es la figura.

TOR. Muchas gracias.

PER. ¿Recuerda usted bien lo que le he dicho?

TOR. Creo que sí.

PER. Bueno, pues ya sabe usted lo que tiene que hacer. Usted es el moro, ¿no es cierto?

TOR. No, señor; yo soy Toribio Soletilla para servir á ustedes.

ELISA (A Perete.) (Me parece que no)

PER. (A Elisa.) (Lo voy sospechando) Usted es don Toribio Soletilla, actor encargado del papel de *moro Muza*, en mi obra. ¿Comprende usted?

TOR. Sí, señor. Yo lo comprendo todo en seguida.

PER. Vamos á verlo. Esta señora es Zaida, y yo su amante, el cristiano.

TOR. ¿Usted?... ¡Anda!... (Con picardía y timidez.)

PER. Por ahora. El encargado de este papel es otro, pero eso no tiene usted que ocuparse de ello.

TOR. Bueno.

PER. El moro Muza, que es usted, es el marido de Zaida y quiere vengarse de esta y del cristiano, para lo cual se oculta en una habitación; sorprende á los amantes y, abalanzándose sobre el cristiano con una gumía intenta asesinarle... ¿Se ha hecho usted cargo?

TOR. Perfectamente.

PER. Repítalo usted á ver si se acuerda de todo.

TOR. Ya lo creo que me acuerdo. A mí estas cosas de asesinos me tiran mucho.

ELISA (¡Qué barbaridad!)

PER. Bueno. Adelante. Zaida y el cristiano, sentados en este sofá, se juran amor eterno. El moro Muza...

TOR. Ese soy yo.

PER. ¡Muy bien!

TOR. ¿Ve usted cómo estoy enterado?... Si cuando á mí me tira una cosa...

PER. Es verdad; usted concluirá por tirar de algo.

TOR. ¡Y usted que lo diga!

PER. Pues el moro Muza, usted, escucha á los amantes desde aquella habitación, y cuando oiga usted decir al cristiano: «¡A mis manos morirá!», sale usted hecho un demonio y dice usted los versos que sabe. ¿Los recuerda usted?

TOR. Todo el día he estado estudiándolos.

PER. Ahora lo importante es la salida. Como no tenemos segundo apunte, es indispensable que aprenda usted de memoria el verso. Ya sabe usted, cuando diga el cristiano: «¡A mis manos morirá!», es el momento en que usted ha de salir.

TOR. Perfectamente.

PER. Pues, ¿vamos á empezar, Elisa?

ELISA Al momento. (Se sienta en el sofá.)

TOR. (Repitiendo el verso.) «¡A mis manos morirá!»

ELISA ¿Estoy bien así?

PER. ¡Muy bien! Usted á la habitación. (A Toribio.)

TOR. Bueno. (Se dirige á la habitación repitiendo el verso.) «¡A mis manos morirá!» (Entra derecha.)

ELISA ¿Empiezo? (A Perete, que se sienta á su lado.)

PER. Cuando usted guste. Mucho sentimiento y sin apresurarse.

ELISA (Declamando.)

Tu amor, cristiano, es el sueño
de mi vida, es mi pasión:
tú de Zaida eres el dueño,
que tuyo es mi corazón.
Si esclava soy de un tirano,
tu amor me redimirá,
que Zaida, sin su cristiano,
la vida no quiere ya.

PER. Zaida del alma, en el día
de nuestra dicha ten fe,
que por siempre has de ser mía
y yo tu esclavo seré.

ELISA ¡Ay, cristiano!... ¡Conseguirlo
la traición impedirá!

PER. El que intentase impedirlo,
«¡á mis manos morirá!»

(Toribio, con el sombrero en la mano, con acento y modales de sacristán entra por la derecha.)

TOR. (Acercándose á Perete, y diciendo con sonsonete y de prisa los versos.)

¡Basta ya, perro maldito;
la vida te he de arrancar,
que tu sangre necesito
para la ofensa lavar!
¡Con este aguzado hierro,
mi brazo exterminador
te matará como á un perro
por cobarde y por traidor!

(Perete hace ademán para que calle. Elisa ríe á carcajadas. Toribio sigue hablando con rapidez.)

Con fría y terrible calma
te haré el castigo sufrir.
¡Pide á tu Dios por el alma,
que ahora mismo has de morir!

(Perete le tapa la boca con la mano y le obliga á callar.)

ELISA (Riendo.) ¡Já!... ¡já!... ¡já!...

PER. ¡Basta!... ¡Basta ya, por Jesucristo!

TOR. ¿Ve usted cómo me lo sé de corrido?

PER. Demasiado. Parece usted una carretilla de fuegos artificiales.

TOR. Si yo tengo una memoria que es un disparate.

ELISA (A Perete.) Indudablemente le tira el teatro.

PER. Las butacas es lo que le tiran la noche de la función. (A Toribio.) ¡Qué barbaridad! Vamos á ver si puede usted hacerse cargo. Deje usted ese sombrero. (Se lo quita y lo pone sobre la mesa.) En esta mano tiene usted el arma. Al ver al cristiano, le coge usted de este modo, y hace usted ademán de clavársela en el pecho. (Ejecuta con él lo que explica.) ¡A ver si lo hace usted!

TOR. En seguida. Aquí tengo la navaja para hacerlo. (Saca una gran navaja y la abre.)

PER. Tenga usted cuidado no vaya á matar de veras al cristiano.

TOR. ¡Quiá, no señor; ya sé yo que todo es en broma! «¡A mis manos morirá!» No se me olvida. (Vase derecha.)

PER. ¡Dios quiera que el moro Muza no haga algún disparate!

ELISA Yo no estoy tranquila. Me da miedo con esa navaja. (Suena dentro un fuerte campanillazo. Ambos quedan suspensos.)

PER. ¿Es aquí?

ELISA Indudablemente. (Suena más fuerte la campanilla.) ¡Virgen del Carmen! ¡Mi marido!

PER. (Asustado.) ¡Demonio! ¿Está usted segura? (Sigue sonando la campanilla.)

ELISA Nadie más que él llama de ese modo. Si nos sorprende estamos perdidos.

PER. ¿Y qué hacer? (Suena estrepitosamente la campanilla.)

ELISA Ocúltese usted. (Sale á abrir.)

PER. ¿Y dónde me oculto? (Recorre la escena buscando dónde meterse.)

SEV. (Dentro.) ¡Gracias á Dios!

PER. (Dando un salto al oirle.) ¡Caracoles! (Vase corriendo por la izquierda, tirando una ó dos sillas que encuentra al paso. Elisa y Severo salen por el foro.)

ESCENA XII

ELISA y SEVERO

Música

SEV. ¿Qué desorden es este?
¿Qué ocurre aquí?
ELISA Nada, absolutamente,
¿qué ha de ocurrir?
SEV. ¡Estas sillas rodando!
¡Y aquí el sofá!...
ELISA Es que estaba limpiando.
SEV. ¡Qué atrocidad!...
(Viendo el sombrero de Toribio y cogiéndolo de la mesa donde está.)
¡Un sombrero!... ¡Señora!
ELISA (¡Dios de Israel!)
SEV. ¿Negará usted ahora
que ha sido infiel?
ELISA No me ofendas de ese modo (Sollozando.)
que no sabes la verdad,
cuando te lo explique todo
has de ver la realidad.
Si hay delito en la apariencia
no me ultrajes sin razón,
que está limpia mi conciencia
y tranquilo el corazón.
Escucha, Severo,
mi falta cuál es.
SEV. Oirte no quiero,
de sobra lo sé.
ELISA Tendrás que escucharme,
que no delinquí.
SEV. ¿Pretendes mancharme
con más lodo así?
ELISA (A Severo es evidente
le parezco muy culpable,
y me juzga una serpiente
y mujer abominable.
La verdad de lo pasado
á decirle me decido,
porque nunca yo he pecado

como piensa mi marido.)

SEV. (Esta prueba es evidente,
el delito es indudable,
ella ha sido una serpiente
y él ha sido un miserable.
Soy un memo rematado,
en Belén siempre he vivido
y me está bien empleado
todo lo que ha sucedido.)
Quien mi nombre ha deshonrado
con la vida pagará.
Juro á Dios que ese malvado
«á mis manos morirá.»

(Este último verso con acento muy dramático y muy marcado.)

ESCENA XIII

DICHOS, TORIBIO, después PERETE y más tarde CORO DE VECINOS y VECINAS

TOR. (Sale al oir el último verso por la derecha, con la navaja en la mano. Se abalanza á Severo y cogiéndole por la garganta entona con gran precipitación los versos de la Escena XI. Severo aterrorizado pide socorro. Elisa procura separar á Toribio.)
Basta ya, perro maldito,
la vida te he de arrancar,
que tu sangre necesito
para la ofensa lavar.
Con este aguzado hierro
mi brazo exterminador,
te matará como á un perro
por cobarde y por traidor.
Con fría y terrible calma
te hare el castigo sufrir,
pide á tu Dios por el alma
que ahora mismo has de morir.

(Perete aparece en la puerta de la izquierda.)

ELISA (¡El cielo me valga,
que torpe descuido!...
¡No haber á este imbécil
con tiempo advertido!)
Que ya no es comedia,

que ya no es ensayo,
que basta de farsa,
que no es el cristiano.

PER. El lance es chistoso,
al propio marido
á hacer de cristiano
le obliga Toribio,
y yo mientras tanto
que dura el conflicto,
tomando la puerta
me libro del lío.

SEV. ¡Ladrones! ¡Ladrones!
¡Infame, asesino!...
¡Favor, que me matan!
¡Socorro!... ¡A mí!... ¡Auxilio!

Música

CORO ¿Qué gritos son esos? (Entrando.)
¿Qué ocurre? ¿qué pasa,
que está todo el mundo
temblando en la casa?
¿Qué escándalo es éste;
qué ocurre aquí,
que parece un infierno
este cuarto
y ya estamos hartos
de tanto sufrir?
¿Qué ocurre? ¿qué pasa?
Aquí estamos ya.
¿Quién pide socorro
en la vecindad?

ESCENA ULTIMA

DICHOS, MARTINA y DON SIXTO

Hablado

TOR. ¿Y ahora qué hago yo? (A Severo.)

SEV. Morir á mis manos. (Se abalanza á él, Toribio huye.)

TOR. ¿Otra vez?

ELISA (Interponiéndose) Yo explicaré lo que aquí ha sucedido. (Presentando á Perete.) Don Justo Perete, amigo de mi esposo...

SEV. (A Perete.) ¿Qué haces tú aquí?

PER. Ahora lo sabrás.

ELISA Es el autor de un drama lírico titulado *El Moro Muza* y me suplicó que me encargase del papel de la tiple. Yo lo acepté y todas las noches de siete á nueve hacíamos aquí los ensayos y esto era la causa del ruido que los vecinos escuchaban.

SEV. ¿Eso es verdad? (A Perete.)

PER. ¿Puedes dudarlo?

ELISA Yo te lo juro.

PER. Lo verás confirmado la noche del estreno.

SEV. No, amigo mío. Mi esposa no representará más papeles que los de mujer de su casa y amante de su marido. ¿No es cierto?

ELISA Toda la vida. (Abrazándole.)

PER. ¡Qué lástima! ¡Con tan buenas condiciones para el teatro!

TOR. La tiraba mucho, la tiraba...

SEV. (Queriendo lanzarse á él.) A que le tiro por el balcón... (Le detiene Elisa.)

SIXTO Puede usted continuar en la casa si los ensayos han concluído y si no se repite el escándalo.

SEV. Le juro á usted que no se repetirá.

MART. (Quiera Dios que no tenga que volver por flores cordiales.)

Música

ELISA
El ensayo ha concluído, (Al público.)
no hagas caso del casero,
y si quieres hacer ruido,
porque estás en tu derecho,
pronuncia tu fallo
sin vacilación
y lo acataremos
sin apelación.

TODOS
Pronuncia tu fallo
sin vacilación
y lo acataremos
sin apelación.

FIN

PUNTOS DE VENTA

MADRID

Librerías de los *Sres Hijos de Cuesta*, calle de Carretas, 9; de *D. Fernando Fe*, Carrera de San Jerónimo, 2, de *D. Antonio San Martín*, Puerta del Sol, 6; de *D. M. Murillo*, calle de Alcalá, 7; de *D. Manuel Rosado*, calle de Esparteros, 11; de *Gutenberg*, calle del Príncipe, 14; de los *Sres. Simón y C.ª*, calle de las Infantas, 18, y del *Sr. Escribano*, plaza del Angel, 2.

PROVINCIAS Y EXTRANJERO

En casa de los corresponsales de esta Administración.

También pueden hacerse los pedidos de ejemplares directamente á esta casa editorial, acompañando su importe en sellos de franqueo ó letras de fácil cobro, sin cuyo requisito no serán servidos.